

MALCOLM DEAS*

UNA HACIENDA CAFETERA DE CUNDINAMARCA:
SANTA BARBARA (1870-1912)

Cundinamarca fue la segunda región de Colombia en exportar café después de Cúcuta y otras regiones de Santander, que habían estado exportando desde comienzos del siglo XIX. En los últimos años de la década de 1860 ya exportaba apreciables cantidades del grano y llegó a exportar alrededor del 10% del total del país justamente antes de la Primera Guerra Mundial. La proporción declinó después. En contraste con Caldas-Antioquia, que se convirtió en la primera área cafetera del país, y todavía lo es, las haciendas de Cundinamarca eran grandes, algunas hasta con más de un millón de árboles. Había pocas pequeñas propiedades dedicadas al café. La tierra cafetera potencial del Departamento era una frontera para la empresa, y así fue descrita líricamente por Medardo Rivas en sus "Trabajadores de Tierra Caliente", publicado por primera vez en 1899; pero no era una tierra fronteriza en el sentido colonizador. La mayor parte de las tierras tenían títulos y la mayoría de los poseedores de éstos estaban en capacidad de hacerlos efectivos. La manera predominante de poner una finca en producción era dándola a muchos arrendatarios que plantaban el café bajo la dirección del dueño o del administrador; los árboles los recibían de un vivero central. El arrendatario podía tener los cultivos necesarios para su propio mantenimiento, pero de ninguna manera sus propios cultivos de café; podía ser trasladado a trabajar una nueva área de la finca **cuando** las plantas originales entraban en producción. El sistema de participación (medieros) característico de Santander no se usaba. Este ensayo examinará en detalle el trabajo de una sola finca,

* Profesor de St. Antony's College, Oxford. Colaborador del Institute for Latin American Studies de la misma Universidad. Especializado en Historia de Colombia del siglo XIX. Autor de ensayos sobre esta época.

¹Para algunos detalles al respecto y alguna insinuación de los diferentes antecedentes históricos y circunstancias demográficas del café en Santander, ver Geografía económica de Colombia, de Mario Galán Gómez, vol. VIII, Santander, Bogotá 1947, especialmente cap. XXI y XXVIII; y Familia y Cultura en Colombia de Virginia Gutiérrez de Pineda, Bogotá 1968, p. 120 et seq. Una descripción completa de las variedades de organización compatibles con el café en Colombia y las razones de su aparición están todavía por hacer.

Santa Bárbara, en el municipio de Sasaima, solo una unidad en uno de los varios tipos de sociedad que el café ha creado en Colombia sobre la cual existe una rica documentación.

Santa Bárbara tuvo en su mejor momento unos 120.000 árboles, según el cálculo común. Unas cien hectáreas de 'Café, lo que quiere decir que era de extensión respetable, aunque en ningún modo grande para la región². Sasaima fue una de las primeras poblaciones exportadoras de café de Cundinamarca y una de las primeras en decaer. Pero desafortunadamente los documentos no cubren ni el periodo de la fundación de la hacienda ni el de su colapso final. Los documentos consisten en los libros de correspondencia del propietario Roberto Herrera Restrepo con sus administradores, y los informes de éstos³. La parte más útil es la intensa y cuidadosa correspondencia del administrador Cornelio Rubio desde el comienzo de 1895 hasta la muerte de Roberto Herrera Restrepo en noviembre de 1912⁴. Existen varias dificultades al usar estos documentos para formar series o inclusive para calcular la recuperación real de las inversiones del dueño. Santa Bárbara no hizo su fortuna ciertamente. La ganancia no era constante y estaba sujeta a innumerables amenazas y ansiedades, y Roberto Herrera debió trabajar fuertemente para conseguirla. El café de Cundinamarca pudo haber sido relativamente "oligárquico", y su sistema de producción produjo algunas tensiones en los años 20, 30 y 40 de la presente centuria, especialmente en la parte más al sur del Departamento, pero requería mucho cuidado y atención por parte de los dueños. Los altos costos del transporte hasta la costa y la expansión de la producción brasilera hacían esencial la calidad, y calidad significaba una continua atención a los detalles. Algunos de los cuidados de Roberto Herrera Restrepo pudieron haber sido excepcionales, pero esta atención a los detalles la tenían probablemente todos aquellos que se veían enfrentados a este difícil mercado. Aunque Sasaima pertenecía casi en su totalidad a familias de ascendencia antioqueña, no

² Si se calcula por su producción (ver adelante) parece haber tenido unos 60.000 árboles en producción en los años 1880 y haber emprendido nuevas y extensas plantaciones en los primeros años de la década de 1890: la producción aumentó constantemente de 1894 a 1398. Estos cálculos son bastante imperfectos; son hechos a 1/2 kilo por árbol. Los 60.000 árboles en 1880 están confirmados por "El Agricultor", N° 18, noviembre 1°, 1880.

³ El archivo consta de 38 volúmenes de correspondencia, de los cuales 18 son de correspondencia recibida y 26 libros de cuentas, de los cuales 3 son de particular interés: "Cuentas de venta de café. 1880-1899"; "Cuentas de importaciones 1874-1901"; y un pequeño libro de cuentas de la hacienda de Santa Bárbara que cubre los años de 1883 a 1889. Hay una memoria de Roberto Herrera Restrepo, 1848-1913, impresa privadamente, titulada Roberto Herrera Restrepo, 1848-1948, y más detalles de la historia y los antecedentes de su familia se pueden encontrar en el ensayo de Monseñor José Restrepo Posada sobre el hermano de Roberto Herrera, el arzobispo de Bogotá Bernardo Herrera Restrepo, publicado en La Iglesia, año XXXIX, números 654-657, septiembre-diciembre 1945.

⁴ El café de Sasaima era excepcionalmente fino y basta fines de la década de 1890 la marca de Herrera Restrepo se vendía por encima del nivel general de precios colombianos en el mercado de Londres, lo cual lo mantenía fiel al mismo. Esta ventaja desapareció hacia el fin de los años 90.

se puede atribuir especiales precauciones solo a éstas. La necesidad de prestar estricta atención a tantos aspectos de la administración de la hacienda ha dejado un archivo de extraordinaria sugestividad. He tratado en lo posible de dejarlo hablar por sí mismo, y donde lo he creído apropiado he puesto la fecha de la carta después de las citas.

PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

Roberto Herrera Restrepo estaba necesariamente ausente. Por razones obvias muchos hacendados colombianos no vivían por largos períodos en fincas aisladas o en las pequeñas poblaciones ("villios" es una expresión despectiva para designarlas) como Sasaima. Herrera Restrepo tenía importantes compromisos familiares en Bogotá y fuera de eso tenía otras varias empresas y propiedades que no hubiera podido administrar desde Santa Bárbara⁵. La capital era el centro natural de sus operaciones. Varias de las tareas esenciales de la administración de la finca, incluyendo los viajes ocasionales para conseguir capital de trabajo, tenían que ser llevados a cabo allí. Herrera Restrepo seguía desde Bogotá las incidencias del mercado cafetero ayudado por las circulares que recibía de sus agentes de Londres, Steibel Brothers y otras casas que solicitaban su café desde Hamburgo y Nueva York. En Bogotá hacía cálculos a conciencia y de vez en cuando experimentaba con consignaciones de café destinadas a sitios distintos a Londres y comercio especulativo con caucho y tagua. Dirigía su hacienda con los mejores informes sobre las tendencias del mercado que podía conseguir y, según lo muestran sus cálculos marginales, con gran conocimiento de la posición de la hacienda en éste. Siempre supo por cuánto podría venderse su café en Londres y cuánto estaba costando el ponerlo allí, y varios de los años de bajos precios mundiales que constan en el archivo lo llevaron a conclusiones pesimistas.

Es claro que el dueño tenía un conocimiento íntimo de Santa Bárbara, de muchos de los que allí trabajaban y de muchos de los sasaimeros, y que trataba de visitarla regularmente. El y su familia apreciaban su belleza, las cabalgatas, nadadas y cambio de clima que les proporcionaba, y las frutas que producía para mandarles a Bogotá. Sus visitas eran muy bien recibidas por el administrador, quien pensaba que estas tenían buen efecto en la moral y el estado de ánimo existentes, pero aunque Sasaima quedaba a un día de Bogotá las visitas no eran frecuentes. El administrador permanecía la mayoría del tiempo solo, en comunicación por telégrafo y por

⁵La hacienda más documentada en el archivo, fuera de Santa Bárbara, es el rancho ganadero de El Peñón, cerca a Tocalma. Pero hay también detalles de la Compañía de Colombia, una empresa de ganado, quina y caucho bastante grande pero sin mucho éxito entre Neiva y los Llanos, en la cual Herrera Restrepo heredó la parte de su padre. (Ver Gahino Charry G., Frutos de mi tierra; Geografía histórica del Departamento del Huila. Neiva, 1924, p. 37 et seq.); de tierra lechera para arrendar en la sabana y de otras actividades.

correo. Esta circunstancia le daba a su personalidad una extrema importancia.

"Un buen mayordomo es tan trabajoso encontrarlo como un magnifico caballo galápago para señora", así escribía uno de los amigos de Roberto Herrera Restrepo recomendándole a uno de estos hombres. (Rafael A. Toledo, febrero 17, 1895). El administrador de una finca cafetera debía tener más cualidades de las necesarias en un mayordomo de funciones más simples, y sus relaciones con el patrón eran también diferentes. Cornelio Rubio, el mayoral de Santa Bárbara, encabezaba siempre sus cartas con "muy estimado amigo", mientras que mayordomos menores en cualquier otra parte, con mucha más mala ortografía, escribían "muy estimado patrón". Rubio era también mejor pagado que ellos. Recibía participación sobre el café producido, pasto gratis para doce cabezas de ganado y una vaca, préstamos y otras ayudas para sus propias operaciones de negocios, que incluían algunas transacciones con café. Su correspondencia con su patrón muestra un respeto mutuo y una completa confianza en Roberto Herrera por parte de Rubio. Le consulta al patrón sobre su matrimonio, sobre planes de otros miembros de su familia y manda saludes en detalle a gran número de parientes y amigos del dueño. Cuando miembros de la familia visitaban la hacienda, solo él se sentaba a la misma mesa. Era liberal como Roberto Herrera Restrepo y comenta sin reserva la situación política general y la política y perspectivas del partido, en interés de su patrón, pero también con un puritanismo que compartía. Roberto Herrera era hermano del Arzobispo de Bogotá y cristiano devoto, desaprueba la bebida, el juego y la fornicación y hace lo posible por ponerle límite en Santa Bárbara, "pues ud. sabe qué son los lunes". Aunque los arrendatarios son, como se verá, difíciles de encontrar, despiden a un Aparicio por "trasnochadas y juegos... sabe Dios cuántos den los peones le habrán entregado su semana de trabajo al vagabundo ése...". La venta de bebidas en la hacienda se suprimió como fuente de problemas, "...peleas,..., pendejadas... enredos de guarapo y tienda". El que los trabajadores se casaran debidamente era la política declarada y a veces impuesta de la hacienda. En conjunto, el administrador parece haber identificado en este caso particular sus intereses totalmente con los de su patrón y, según sus propias palabras, haber trabajado la propiedad como si hubiera sido suya. Con tenedor de libros de ojo tan avizor y tan incansable corresponsal como demandador de correspondencia como Herrera Restrepo, no hubiera sido fácil de otra manera. La ausencia no significaba de ningún modo descuido. Espero que la naturaleza de la división de trabajo entre patrón y administrador se vea claramente en las citas que siguen. Aunque debe haber muerto hace más de 50 años, Cornelio Rubio es recordado como una figura imponente que conocía la importancia de las formalidades y que evitaba toda familiaridad con los peones o con la gente del pueblo. Al retornar tras una ausencia forzosa durante la última guerra civil deploraba el relajamiento que había sobrevenido bajo su sustituto: "Los peones estaban muy mal asistidos por Sinforoso, pues estaba totalmente familiarizado con ellos y les dejaba perder el tiempo

tristemente". Es claro que los adelantos en la agricultura imponen tanto nuevas formas de disciplina como avances en la industria y una finca cafetera de Cundinamarca requería un carácter fuerte para hacerlas cumplir. También los varios procesos de producción de café exigían la supervisión de una persona con alguna educación formal. Parece que Rubio hizo algunas adaptaciones ingeniosas a las máquinas que se usaban en la finca, que como la mayoría de los establecimientos importantes de Cundinamarca estaba respetablemente mecanizada. También educaba a sus hijos, pidió textos de gramática, aritmética, geometría, geografía, historia y una caja de tiza.

Es difícil calcular el valor de tal hombre. Su salario en 1885 era de 8 pesos al mes (en ese entonces unas quince libras esterlinas), fuera de adehalas, manutención, pasto gratis y vaca. Recibió aumentos —alguna vez expresó su lealtad arriesgándose cortésmente al declinar uno de éstos— pero como los salarios de los peones y de las cosecheras o cafeteras, éstos no iban al mismo ritmo de la rápida impresión de papel moneda después de 1885. Sus propios negocios no parecen haber prosperado. Tres meses después de la muerte de su patrón escribió que quería dejar la hacienda y el último indicio suyo sobre papel es una carta del hijo de Roberto Herrera; "Tomo nota de la explicación que hace en su carta sobre los motivos que lo obligan a tomar la resolución penosa para nosotros de separarse de nuestro lado en donde siempre lo hemos apreciado en lo que vale. Como siempre estas cosas se aclaran mejor de palabra, espero con ansiedad su venida para que hablemos". (Marzo 25, 1913). Rubio firmó una vez una carta con precisión sociológica: "El más humilde de sus amigos"; tal vez estaba demasiado viejo para transferir la amistad a otra persona. Es el representante de una clase de hombre todavía sin estudiar, cuyo origen y reclutamiento permanecen oscuros, pero que no eran por ello menos esenciales en la innovación agrícola. La extensión del cultivo del café creó la necesidad de miles de estos mayores, que tenían que ser personas de alguna educación y se convertían en personas de cierta posición: ¿un peldaño en la escala para aquellos que ascendían en la sociedad, y un respiro para aquellos que de otro modo habrían descendido? Sospecho que frecuentemente se daba este último caso.

ARRENDATARIOS Y OTROS TRABAJADORES PERMANENTES

Santa Bárbara mantenía un herrero, un carpintero y a veces albañiles, constructores experimentados. Este pequeño grupo no figura mucho en la correspondencia. Sus sueldos más altos se pueden naturalmente ver en los libros de cuentas.

Los arrendatarios y sus familias formaban el mayor grupo permanente en la hacienda. No he podido establecer exactamente cuántos había en Santa Bárbara, pero la correspondencia da la impresión de que no había demasiados, algo entre doce y veinte familias. Ciertamente tan pocos como para ser mencionados varios

por el nombre en las cartas de Rubio a Bogotá⁶. Se les asignaban casitas, simples casitas de paredes de barro y techos de paja, algunas de las cuales pueden ser vistas todavía entre las fincas de recreo en que fue dividida la hacienda. Las casitas eran propiedad de la hacienda y ésta las reparaba. El administrador estaba encargado de ver que estuvieran limpias, pues existía la amenaza de varias enfermedades, particularmente la fiebre tifoidea. También recibían huertas donde podían cultivar sus alimentos y mantener cerdos y gallinas. Aunque mucho cambia de mes a mes y de año a año en estos tiempos agitados, su normal obligación de trabajo era trabajar ellos mismos o un peón en su reemplazo por "dos semanas, es decir cada quince días". (Carta de Rubio del 22 de febrero de 1904). Este trabajo era pagado pero era obligatorio. En la práctica no eran quince días sino los días hábiles de dos semanas y era una obligación, para exigir la cual el administrador tenía dificultades.

A veces aparecen las cartas como si Santa Bárbara no pudiera vivir ni con arrendatarios ni sin ellos. Así como eran esenciales en el sistema de Cundinamarca para las principales etapas del cultivo y después como núcleo del trabajo de recolección, eran también una constante fuente de dificultades. Durante los años veintes y treintas la más notoria causa de fricción consistía en que se les prohibía plantar café para ellos mismos, prohibición que se originaba en el deseo de los hacendados de impedir el robo alegando que todo el café era suyo, y que fue reforzada por cambios en la ley que los habría obligado a pagar los árboles a un arrendatario cesante como mejora costosa. Este decreto no se discute sin embargo en ninguna parte del archivo; aunque es cierto que no hay cartas de arrendatarios en él, en sus largos informes, Cornelio Rubio habría reportado cualquier discusión sobre el particular que se hubiera presentado. Su preocupación era primero encontrar arrendatarios y después hacerlos trabajar.

Era difícil conseguir buenos hombres que se quedaran. Sasaíma no era una fundación nueva —data del siglo XVII⁷— pero, no podía satisfacer la demanda de mano de obra que vino con la expansión cafetera. No se puede estar seguro de la causa del aumento de población, pero de 1870 a 1884 ésta aumentó de 3434 a 6500 habitantes. Según cartas del administrador algunos de los arrendatarios de Santa Bárbara venían de las tierras frías de Cundinamarca y Boyacá; de ninguno se dice que viniera de otras partes del país. Es todavía común encontrar a estas gentes o a sus descendientes como trabajadores permanentes en esta zona cafetera, y sería correcto concluir que es de allí de donde vino la mayoría. La hacienda venía buscando familias convenientes y usualmente tenía casitas disponibles, que de por sí constituían un problema por su rápida ruina y el

⁶ Un calculo contemporáneo del número de familias que se necesitaban permanentemente, sería de una familia de 5 personas por 5.000 árboles. Esto situaría la necesidad permanente de fuerzas de trabajo en Santa Bárbara en unas 24 familias.

⁷ Diferentes autoridades dan años diferentes. Roberto Velandia, **Historia geográfica de Cundinamarca**, Bogotá, 1971, pág. 392, está a favor de 1620.

robo de los materiales de construcción. Rubio informa haber escrito a un amigo en la población de Chía en la Sabana de Bogotá: "Peones: le escribí a Marcelo Avendaño para ver si él que está por allá y que conoce a las gentes puede conseguirse unas familias y traérselas a ver si al fin logramos ocupar las casas de San Bernardo y si es posible cambiar los malos trabajadores que tenemos. Creo que Marcelo haga esa diligencia pues les prometí abonarles los gastos de transporte y darle a él alguna remuneración por cada familia que traiga, que vengan a establecerse formalmente y que sean de los más formal que él conozca por allá". (Octubre 12, 1909).

Trabajadores permanentes constituían igual problema que los trabajadores para la cosecha y encontrarlos requería costo y trabajo: "El jueves por la tarde volvió José trayendo una familia que consiguió en Facatativá y están aquí trabajando. Les di la casita de junto a Agustín y ha habido que auxiliarlos, pues vinieron como todos, limpios, pero de plata; por el lado de San Juan estuvieron viviendo y allí los conocí hace algún tiempo y no eran malos, puede ser que aquí se manejen bien también y duren algún tiempo". (Diciembre 1, 1903).

"A un boyacense se le ofrecieron los gastos de viaje de su familia y \$ 50 pesos por cada familia que me traiga que conste de cinco o más personas útiles". La hacienda no empleaba los servicios de ningún agente especializado en conseguir trabajadores y prefería arreglos más personales y ad hoc. Ninguna clase especializada de enganchador o agente laboral parece haber servido a las haciendas cafeteras de Cundinamarca que estaban relativamente cerca de la fuente principal de la mano de obra.

El arrendatario era la principal fuente de mano de obra de la finca. Es fácil exagerar la virtud del café de ser un cultivo que resiste la negligencia. Una plantación que produce café suave de alta calidad, y solo eso era en esencia lucrativo en Cundinamarca, necesita constante atención. Se la debe mantener podada y desyerbada. La recolección colombiana fruta por fruta no es solamente bastante diferente del crudo agarrar y desgarrar descrito por Stanley J. Stein en "Vassouras", sino que una lectura de los más leídos manuales escritos para Colombia muestra cuántos cuidados, diferentes a los brasileros se practicaban. Un cafetal descuidado bajaba de precio rápidamente al disminuir su productividad y los posibles compradores calculaban el costo de volverlo a poner en forma. Los arrendatarios cumplían las tareas permanentes de la finca en grupos, bajo la dirección del administrador, trabajando ellos mismos o proveyendo un peón "cada quince días", o por contratos informales; a un arrendatario individual se le pagaba cierta suma por desyerbar uno u otro "tablón", como se denominaban las áreas de café demarcadas naturalmente.

Existía competencia entre las haciendas por los arrendatarios y los campesinos de tierra fría no estaban siempre dispuestos a trasladarse permanentemente a la tierra cafetera, que con razón era considerada insalubre. Santa Bárbara hacía lo que podía con vacunación, aguardiente con quinina, ácido fénico y cal, pero todo esto puede haber tenido efecto en la mayoría de las enfermedades que

florece con el café⁸. No se sabría decir si la falta de deferencia de la cual se quejaba tanto Rubio tenía origen local, o era asunto de los inmigrantes emancipados del control social más estricto de la Sabana. ¡Pero en el caso de esta hacienda el administrador tenía en tiempo normal pocas sanciones para obligarlos a cumplir sus obligaciones laborales. Los arrendatarios estaban frecuentemente endeudados con la hacienda, pero esto no le daba mayor control sobre ellos, y las deudas se mantenían lo más bajo posible. La opinión de Herrera era que se debía desalentar el endeudamiento, pues el resultado era la pérdida de ambos: dinero y trabajador. En la correspondencia no se registra ningún caso de apelación a alguna autoridad Externa. No había mucho que apelar y por razones que se verán después, no era probable que ni Roberto Herrera ni Rubio recurrieran a la que existía en Sasaima, ni que recibieran cooperación de los otros plantadores y administradores.

Algunas citas de las muchas que el archivo proporciona ilustrarán esta pugna: "a los arrendatarios he tenido que apretarles un poco ahora, pues como en el tiempo que duró la revolución (la corta guerra de 1895) no les obligué a trabajar aquí y les permití salir a trabajar a otras haciendas, ahora se me quisieron volver todos negociantes y en estos tiempos apurados es cuando tienen que servir".

"Actualmente hay una necesidad de brazos y tiene uno que ser un tanto indulgente con los peones... tanto más cuanto ha dado tanto trabajo conseguir los pocos arrendatarios que hay...".

"De tener arrendatarios de esta clase es mejor no tenerlos pues no se cuenta con ellos y todos los días son exigencias, y si no les da todo lo que quieren es el peor enemigo que se echa encima. Adrián Murcia por casualidad viene cuando se le llama y Manuel Rodríguez viene cada vez que lo llamo, pero el pobre es tan pesado que hay que sobrellevarlo porque siempre ha servido a la hacienda y es un hombre inofensivo. Vicente Cárdenas es muy bueno, sirve a la hacienda cada vez que se llama, pero es muy exigente".

"Agustín Muñoz es el mismo que no ha querido servir en nada en la cosecha, so pretexto de la enfermedad de su mujer y hace tiempo que no viene a trabajar ni manda cafetera ni peón, ni sirve de nada absolutamente, pero la enfermedad de la mujer no le impide viajar semanalmente a la Sabana. En la semana pasada no solo no vino a trabajar, sino que nos quitó a Teófilo Rabaya y a Francisco García para que le trabajaran en sus huertas y no contento con esto, ha hecho potrero de sus animales el café que se rozó en Puente Nuevo, y el plátano que él mismo sembró con los peones

⁸ Existe una excelente descripción contemporánea de éstos, basada en observaciones del autor en la hacienda Ceilán, en Viotá, Cundinamarca, en: Ramón V. Lanao, *Endemias del clima del café*, tesis de grado, Bogotá, 1891. La lista incluye sabañones, disentería, lombrices (una buena purga las saca siempre "por pelotones"), varias otras infecciones parasitarias y anemia, la más extendida y la más dañina, "la enfermedad constitucional de todos los jornaleros". Las observaciones sobre la relación de la anemia con la pérdida del apetito y los consiguientes letargo e irritabilidad son muy agudas para el momento y sugieren que no todas las dificultades que Rubio tenía para hacer trabajar a sus hombres eran problemas de estímulo.

lo ha arruinado con sus bestias. Puestas las cosas en este estado, dando el mal ejemplo en todo sentido delante de los otros peones hasta desconocerle a la hacienda el derecho para exigirle que le sirva, he resuelto, y así se lo notifiqué, darle tres meses de término para que venda sus matas y salir de él, pues a mi modo de ver este hombre es hasta inconveniente en la hacienda por mil y mil razones".

La exasperación culmina en la época de cosecha. Aunque es claro que no es solamente entonces que Herrera Restrepo y Rubio necesitaban el trabajo de arrendatarios, se aguantaban su presencia insatisfactoria por el resto del año para asegurar un núcleo sustancial de trabajadores en esta época. Era este también el momento que ofrecía al arrendatario la mayor tentación de eludir sus obligaciones o de venderse costosamente: "La gente de la hacienda sin excepción de nadie toda está trabajando: algo he tenido que apretarlos pues aun en medio de la escasez de plata de que se quejan con mucha razón, Ud. que los conoce sabe que ellos cuando comprenden que la hacienda necesita con urgencia se hacen rogar más; así he tenido que templarles un poco, poniendo siempre en práctica aquello de —tire y afloje— con la diferencia de que en esta vez pienso tirar más de lo que he de aflojar".

Esta vez pudo ser más exigente pues eran tiempos de guerra civil y los trabajadores estaban ansiosos de permanecer bajo la relativa protección de la hacienda. Pero la guerra no duró: "En cuanto a peones estamos lo mismo: todos quieren ser negociantes y los lunes hay necesidad de andar buscándolos. Sin embargo, tenemos que sobrellevar a algunos que pueden sernos útiles para la reorganización; otros habrá que sujetarlos o que se vayan".

La obligación laboral del arrendatario en la hacienda era frecuentemente peor pagada que en cualquier otra parte donde pudiera trabajar como cosechador e insuficiente para que el cumplir sus obligaciones con la hacienda constituyera una alternativa superior a trabajar en su propia huerta o no trabajar. La ética de Rubio no era la de todo el mundo: "Con los arrendatarios he tenido que luchar abiertamente pues es gente tan imbécil que hay que obligarla por fuerza a que ganen el dinero".

A los que tenían obligaciones pendientes los amenazaba con expulsarlos, sacarlos de sus casas y ponerles el ganado en sus parcelas si trabajaban en otra parte, aunque nunca parece haber cumplido tales amenazas. Roberto Herrera lo apoyaba y confiaba en su criterio: "Ahora en cuanto a los arrendatarios no es de extrañar la conducta pues prefieren no ganar dinero a servir con el interés que deberían en la época importantísima en la hacienda y para eso los aguanta todo el año. Las prevenciones que usted me dice ha tenido que tomar son de mi completa aprobación y si es necesario cúmplale al primero que falte el sacarle los muebles afuera y cerrar la casa; apriételes todo lo que sea preciso pues hay perfecto derecho y justicia para ello, a fin de que presten sus servicios como debe ser en la seguridad de que yo les sostengo así como en su idea de ayudarlos en lo que se pueda. No hay otro sistema y hay que seguir en este tire y afloje que usted sabe bien emplear".

Esta tensión no se resolvió nunca ni en esta hacienda ni en el resto de Cundinamarca mientras prevaleció el sistema de arrendatarios.

COSECHA, SALARIOS Y MANUTENCIÓN

Un cafetal abandonado puede ser desyerbado y puesto otra vez en buenas condiciones inclusive después de años, pero en Colombia una cosecha de café es tan estricta en su calendario natural como una cosecha de banano. La expansión del cultivo del café en Cundinamarca trajo competencia por toda la mano de obra disponible en Ja época de cosecha y esto se puede ver fácilmente en los salarios que se pagaban. Si la hacienda no pagaba salarios satisfactorios, la mayoría de esa fuerza de trabajo bastante aumentada se podría ir a trabajar a otras partes y la cosecha se vería amenazada.

Cornelio Rubio relataba continuamente sus esfuerzos y sus frecuentes fracasos en querer mantener los salarios bajos con alto número de trabajadores, algo completamente imposible: "He tomado todas las medidas posibles... bajando los Jornales pero al mismo tiempo tratando de conservar el mayor número de trabajadores". Sus esfuerzos se redoblan frente a los precios muy inciertos de los últimos años de los noventas y de la primera década de este siglo. Cambia su sistema de pago porque hay demasiadas discusiones: "Convirtiéndose los pagos en una bulla espantosa, discusiones groseras y, en fin, un bochinche digno de una chichería". —Otras referencias de falta de respeto. Intenta con poco éxito retener los trabajadores retardándoles el pago— pero esto podría crearle a la hacienda una mala reputación y los trabajadores no vendrían. Se inventan elaborados sistemas de trabajos pagados por piezas, participaciones y premios (pagados de multas) para conseguir la recogida del eafé de la manera más económica posible, sistemas que harían de la construcción de una escala de salarios para este trabajo, casi siempre migratorio, una empresa arriesgada, aun de no ser imposible por el hecho de que el trabajo de cosecha se pagaba en parte también en comida, cuyo precio variaba enormemente de época en época, de lugar en lugar y de año en año. Si no había mucho café por coger los cosecheros preferían muchas veces un salario diario: "Los hombres (sabaneros) que han venido han aumentado el número de peones, pues como ha habido poco café que coger, no se han resuelto a sacar costal, sino a trabajar a jornal".

Diferentes grupos podían estar trabajando al mismo tiempo con diferentes sistemas de pago: "Ya para conservar unos cien cogedores tuve que subir el precio de la cogida a 35 centavos arroba, tratando de graduar el jornal de los peones pues ya no querían coger por arroba porque no sacaban el jornal y como poniéndolos a pepear por días sale mucho más caro, pues con la miel hoy \$ 1.20 diarios y cogen dos arrobas creo que es mejor bajo todos aspectos subir la cogida en proporción...".

Los arrendatarios o sus sustitutos que trabajaban su "obligación" a un precio fijo estaban comprensiblemente insatisfechos, aun-

que su pereza todavía tenía perplejo a Rubio: "Yo no comprendo a esta gente; son bien indios. Ahora que tienen en la cogida buen jornal hay que obligarlos y arrearlos para el trabajo como si se les exigiera el trabajo gratis".

El pago tenía que hacerse con billetes pequeños que Roberto Herrera mandaba de Bogotá. Estos eran muy solicitados en aquellos tiempos de inflación y muchas veces difíciles de obtener. En esta hacienda no había equivalente a la "tienda de raya"; no habiendo nada que comprar en ella, ningún sistema de crédito interno era aceptado; los trabajadores insistían en recibir el pago en efectivo.

La mayoría de estos trabajadores temporales venía de Cundinamarca y Boyacá. Eran predominantemente, pero no todos, mujeres, y como inspector de disciplina la hacienda nombraba su "mayordomo de cafeteras". Santa Bárbara trataba de alojar a cada familia por separado en una casita, pero a veces no habla suficientes. Otras haciendas tenían edificaciones especiales para estos trabajadores migratorios, cuarteles de peones, y otras parecen haberlos dejado alojar en chozas provisionales. Solo después de la guerra de los Mil Días (1899-1903) trató la hacienda de garantizar su propio suministro de cosecheros migratorios por el sistema de enganches, mandando un agente a hacer contactos con campesinos de tierra fría y a escoltarlos cuidadosamente. "Cada uno para quitarle los peones al vecino no omite medios". Esto encontró alguna resistencia en Boyacá, donde los hacendados consideraban naturalmente el enganche como una intromisión: "El hombre comisionado para conseguir gente en Boyacá no pudo hacer nada porque se lo impidieron los hacendados".

El sistema tampoco garantizaba que los trabajadores se fueran a quedar en la finca que se había tomado el trabajo y había hecho los gastos de conseguirlos. La Revista Nacional de Agricultura N° 3, mayo 15, 1906, escribía optimistamente: "Confiamos que los prefectos y autoridades municipales les prestarán a los dueños o administradores de los cafetales todo el apoyo necesario a fin de que los trabajadores que han sido traídos de distintas partes de la República con grandes sacrificios pecuniarios cumplan los contratos de enganche". Pero esta confianza estaba casi ciertamente fuera de sitio. Ni los prefectos y autoridades eran siempre complacientes y desinteresadas personas, ni tenían a su disposición las fuerzas necesarias para andar buscando de finca en finca una cantidad de cafeteras boyacenses desconocidas. Ni habrían podido hacerlo eficazmente en el escaso y apremiante tiempo de cosecha cuando nadie despedía trabajadores:

"De la Victoria han tenido inclinación de sonsacarnos la gente, y sobre esto hablé hoy en carta al administrador seriamente, manifestándole que no es esta la línea de conducta que corresponde a las relaciones de las dos haciendas, y que si adoptamos ese sistema, iremos hasta donde no nos imaginamos con los precios de los jornales y no alcanzaremos el fin deseado".

Existen los mismos problemas con otro vecino, Las Mercedes; "Anteriormente la obligación de no recibir en una hacienda los trabajadores de la otra era recíproca, pero ahora parece que solo

ésta estuviera en la obligación, pues yo sí, en la cosecha pasada, cuando más necesitaba gente despedí de San Bernardo no pocas cafeteras por insinuación de los señores Herreras y ellos mismos vinieron el sábado de esa semana a recibir lo que esas cafeteras habían ganado los días que trabajaron para quitarles eso como multa. Nosotros a todos nos prestamos, pero es bueno tener en cuenta que en la próxima ya se podían recibir los trabajadores incondicionalmente".

El enganche nos explica una proporción demasiado alta de trabajadores cosecheros en el caso particular de esta finca. Algunos venían espontáneamente y en 1904 Santa Bárbara registra el regreso de "cuatro mujeres que llegaron de las que vinieron enganchadas ahora un año". Atraer estos trabajadores espontáneos era más fácil en unos años que en otros, en unas haciendas que en otras. Una mala cosecha atraía menos trabajadores de los que aun siendo la cosecha mala debería atraer proporcionalmente: valla menos la pena por el sistema de pago por peso que los administradores trataban siempre de mantener. La lluvia podía suspender la recolección y hacer difícil que los recolectores se metieran entre los árboles. Una buena finca debía estar dispuesta de manera que los recolectores pudieran permanecer el máximo de tiempo cosechando y perdieran el menor tiempo posible llevando el café al punto de concentración. Santa Bárbara se creía más atractiva que la Victoria por tener que acarrear el café a menos distancia: "aquí se le recibe al pié de cada tablón". Naturalmente tal atractivo significaba más inversión, pero por otra parte las fincas pequeñas tenían que pagar más a los trabajadores cosecheros porque no podían ofrecer la misma clase de trabajo prolongado. Era éste un mercado laboral predominantemente libre con algunas ventajas del lado del trabajador. Los recolectores podían comparar probables cosechas:

"Los domingos he mandado a Antonio, a Pablo, tres peones, cada uno por distinta vía, a conseguir gente; algunos vinieron, vieron las cosas y se devolvieron; en fin, se hacía imposible aumentar las cogedoras sin aumentar el precio de la cogida".

Discutían las condiciones y contrariaban la disciplina —en una ocasión rehusaron trabajar bajo la dirección de un mayordomo, en cierto tablón e insistieron en recoger donde quisieron. Comparaban sin cesar los ingresos posibles en las diferentes haciendas: "En Santa Inés han puesto desde hoy a treinta centavos arroba y tiene mucho para coger; si esto nos quita gente, ya no veo más recurso que subirlo aquí también, pues si en vez de aumentárenos la gente se disminuye, el café se nos cae y esto es peor que todo".

Podían considerar las ventajas de varios sistemas de pago; no solo entre trabajo pagado por pieza y jornal, sino también entre paga enteramente en dinero o en parte en especie. La hacienda tenía una cocina en ciertas épocas y alimentaba allí a sus trabajadores. Casi siempre pagaba parte en miel. En una ocasión importó especialmente papas de la sabana y tanto el dueño como el administrador se sintieron muy molestos cuando éstas fueron rechazadas. Parece que los trabajadores eran los que escogían: "A los peones siempre se les paga desde el sábado próximo a \$ 15 pesos (estamos

en la inflación de post-guerra después de los Mil Días, en 1904), pues prefieren los pesos a la ración de víveres". (Febrero 22, 1904). Sin embargo la hacienda se tiene que preocupar siempre por conseguir comida barata, aunque no sea para pagar con ella parte del salario. Durante la escasez que siguió a la guerra de los Mil Días compraba lo que podía para sus trabajadores y trató de reorganizar su propia producción de comida pagando a los arrendatarios para que plantaran más plátano entre el café. Los arrendatarios tenían la "propiedad exclusiva" de la cosecha de plátano. Esta propiedad exclusiva revelaba cierta ambigüedad cuando la hacienda trataba de impedir que los arrendatarios vendieran plátano afuera si ella lo necesitaba. Con la escasez en aumento la tentación de los arrendatarios de vender era mayor y de igual manera mayores los esfuerzos del administrador por impedirlo. El dueño veía la necesidad; poco antes de su muerte Roberto Herrera escribió a Rubio como sigue:

"Es indispensable mantener el respeto y autoridad como mi representante en el manejo de la Hacienda. Tiene Ud. razón en las reflexiones que a este respecto me hace, y con mayor razón en las actuales circunstancias en que los arrendatarios están furiosos con la prohibición de llevar los víveres de la hacienda a venderlos a otra parte y todo esto cuando estamos en vísperas de cosecha". (Febrero 22, 1912).

La hacienda dirigía también el cultivo de yuca y maíz. Compraba panela y miel continuamente, tratando siempre de conseguir lo más barato, con precios que permanecían poco tiempo.

"Si la gente se disminuye, el café se nos cae y esto es peor que todo". En Cundinamarca el café sí se caía frecuentemente y se perdía⁹.

La inestabilidad y la variedad de métodos de pago hacen imposible el establecer una verdadera escala de salarios para la cosecha. Una escala similar para los arrendatarios tiene que reconocer su papel de productores.

CONDICIONES REALES

Sin esas escalas (las existentes para Bogotá no sirven) se puede aun especular sobre lo, bien que les iba a estos trabajadores. La expansión del cultivo comercial del café en Cundinamarca generalmente no destruyó una clase pre-existente de pequeños propietarios ni expulsó a este grupo al margen de las operaciones. La finca establecía y a veces importaba a los arrendatarios. Lo que había allí antes, exactamente se puede ver en los documentos notariales; la usual producción a pequeña escala de la tierra templada, cambiaba

⁹ El vice_cónsul británico consideró que el déficit de fuerzas de trabajo significaba la pérdida de la mitad del café al final de la guerra de los Mil Días en 1903. Ver Spencer S. Dickson "Report on the Present State of the Coffee trade in Colombia", editado en Parliamentary Papers, 1904- (Ver nota bibliográfica).

en Pacatativá por productos de tierra fría¹⁰. Como lo he anotado antes, el archivo da la impresión de que la mayoría de los arrendatarios no era de origen local. No se les reclutaba localmente.

Su condición en los años siguientes a la guerra de los Mil Días era ciertamente triste: la hacienda respondía a la baja del precio del café y a condiciones peligrosas llevando los gastos al mínimo y mantuvo los salarios lo más bajo posible; y esto era más fácil en tiempo de guerra que en tiempo de paz. La desorganización del transporte en la guerra hizo subir los precios de los alimentos y la hacienda no lo podía compensar: "A pesar de que la gente de la hacienda ha ganado bastante dinero en este año, se nota entre ellos, y mucho, la miseria, pues en la escasez y carestía de los víveres sólo han podido atender a los gastos de alimentación y ninguno a vestirse y hay familias que materialmente no tienen ropa... Por lo tanto le suplico a la señora María en nombre de esos pobres que si tiene ropa usada y lo tiene a bien me mande para repartírsela". (Cornelio Rubio. Agosto 6, 1901).

Cornelio Rubio pensaba que esa ropa vieja podía ser la mejor gratificación que ofrecerle a aquellos que se ocuparan de la cosecha. La guerra redujo esta empresa entera a un estado desesperado que fue agravado y prolongado por los bajos precios del café con que los brasileros ensancharon el mercado mundial y cambiaron sus gustos. Además, las plantaciones de Sasaima se estaban agotando y tanto el dueño como el administrador de Santa Bárbara las miraban con creciente melancolía. Para los trabajadores migratorios fue mejor la expansión del café. A los recolectores les proporcionaba una fuente adicional de ingresos en aquellos años, y si se toma como indicación la resistencia de los hacedados boyacenses al enganche, este puede hasta haber mejorado lentamente las condiciones de la gente en las tierras altas. Por lo menos se puede decir que el empleo adicional proporcionado complica el cuadro recibido de los años 1885-1910 que es de expansión en papel moneda y de caída de salarios reales, esquema totalmente contrario a los intereses de la clase trabajadora.

El papel moneda favorecía al exportador de café, los salarios se retrasaban frecuentemente. Pero se debe recalcar también que el café aumentó marcadamente el empleo, cosa que no sería imposible de calcular, y en una época en la cual nada parecía aumentarlo tras la decadencia gradual del tabaco y la catastrófica caída de la quina en los primeros años de la década de 1880. Su influencia en la participación de los salarios en la economía podría verse mejor que las cifras de salarios individuales reales por trabajo en el café, que están por establecer. También debe haber aumentado grandemente la movilidad de los trabajadores y transformado la noción

¹⁰ En 1763 Basilio Vicente de Oviedo describe a Sasaima como un pequeño poblado predominantemente mestizo, productor de un poco de tabaco, yuca, algodón, plátano, maíz, caña de azúcar "y demás frutas de tierra caliente". Ver pág. 267 de sus Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada, editado por Luis Augusto Cuervo, Biblioteca de Historia Nacional, Vol. XLV, Bogotá, 1930.

común de los salarios de las tierras altas. Estas aseveraciones se pueden hacer sea cual fuere el curso de salarios reales y son un poco más importantes¹¹.

Las plantaciones cafeteras de Cundinamarca surgieron en un contexto económico y cultural diferente al de las del occidente del país. Fueron establecidas por fuertes capitalistas que habían tratado antes tal vez con quina o con índigo, que consideraban que el café requería el talento científico y director de gente como ellos si quería ir a alguna parte. Poseían título completo de la tierra que empleaban o lo conseguían. Había muy poca competencia. Con el curso forzoso del papel moneda —era ilegal estipular con oro o plata— el café era una inversión atractiva. Roberto Herrera se retiró del comercio con la introducción del papel moneda al cual siempre se opuso por sus intereses de exportador cafetero. La opinión general que estos hombres tenían del café era que suministraba divisas a un país desesperado. Intimamente todos sabían las violentas consecuencias de la falta de divisas. Eran los civilizadores y el café era el nexo civilizador. En los informes de Roberto Herrera Restrepo se puede ver que sus ganancias cafeteras pagaron las importaciones de libros de su hermano para el seminario de la arquidiócesis. Era un patrón concienzudo, pero se preocupaba por las amplias necesidades de la sociedad, servida con un ejemplo de vida civilizadora como el que él trataba de dar, por lo menos tanto como por las necesidades particulares de sus trabajadores. El sistema de producción de los cafeteros en Cundinamarca era en general el de la Sabana trasladado a tierras más bajas, lo que era suficientemente natural. No estaban fundando conscientemente un nuevo orden social en la zona cafetera y no podían prever los conflictos que surgirían de ese simple trasplante de un modo de producción familiar después de que más de medio siglo había forjado sus cambios económicos y demográficos. Muchos no pensaron que el café fuera a durar tanto. Eso no había ocurrido con nada en Colombia¹².

¹¹ Para un estudio reciente de este problema ver Miguel Urrutia Montoya El sector externo y la distribución de ingresos en Colombia en el siglo XIX, Revista del Banco de la República, noviembre 1972, pp. 1-14. Ver también general Rafael Uribe Uribe, Estudios sobre los salarios en sus Discursos Parlamentarios, Congreso Nacional de 3886, segunda edición, Bogotá, 1897, pp. 231-237. Uribe Uribe estima aquí que en la década anterior el papel moneda redujo los salarios en términos reales en un tercio. Una cruda suposición contemporánea vale tal vez más que posteriores elaboraciones, y según las palabras del vice-cónsul Diekson, el papel moneda en la escala sin precedentes de los últimos años noventas y los Mil Días trajo: "caos financiero... finalmente..., para perjuicio de todos". El general Uribe Uribe estima también que un y de todos los colombianos están relacionados "directamente" con el café. Un cálculo posterior más preciso sobre Cundinamarca en 1906 estima que 750 plantaciones empleaban unos 12.000 trabajadores permanentes y 100.000 cosecheros para 46.000.000 de árboles. Ver Luis Mejía Montoya en *Bevista Nacional de Agricultura*, N° 8, julio 31, 1906. Diego Monsalve Colombia Cafetera, Barcelona, 1927, da 2.817 plantaciones y 53.000-000 de árboles para Cundinamarca. Para la historia del papel moneda ver Guillermo Torres García Historia de la moneda en Colombia, Bogotá, 1945, caps VIII y IX.

¹² Aunque se le ofrecieron los ministerios de Hacienda y de Tesoro, Herrera Restrepo rechazaba por principio empleos oficiales, ciertamente después de que el movimiento de "Regeneración" llegó al poder en 1885. La reputación de hombre

POLÍTICA Y REVOLUCIONES

El curso de la política no puede dejar de tenerse en cuenta cuando se considera cómo pensaba el hacendado sobre su propiedad y sobre sus negocios o lo que pensaban de él sus subordinados. Colombia no era un país estable y la mayoría de los hacendados no podía garantizar la tranquilidad de sus propias propiedades en medio de esta inestabilidad. Los riesgos eran, obvios en el caso del ganado —¡Viva la Revolución, muera el Ganado!— pero también estaban presentes en el del café. Los cafeteros no podían confiar en el apoyo del gobierno nacional o en el de sus agentes locales¹³.

Las relaciones de Santa Bárbara con la cercana población de Sasaima no eran armoniosas. Sasaima tenía influencia corruptora sobre los peones; había en ella comerciantes que compraban café robado; era escena de frecuentes bochinchas, peleas que el administrador evitaba en lo posible y que trataba que sus hombres evitaran. A veces había un buen sacerdote, a quien el hacendado hermano del arzobispo, pagaba sus diezmos, pero que no tenía mucha influencia. Y Sasaima era una municipalidad conservadora; naturalmente todavía lo es: 1.314 votos conservadores contra 128 liberales en 1966. Con todas sus buenas conexiones sociales en Bogotá, Roberto Herrera Restrepo no era hombre de mucho peso en Sasaima, dada la realidad política de la población. Aunque a veces se le pidió que hiciera uso de sus conexiones para hacer cambiar a empleados locales, su éxito era muy limitado.

Pedia a su administrador que tuviera cuidado: "Al alcalde, el secretario... cuídelos si van a la hacienda, gaste del brandy de la alacena". (Marzo 25, 1889). Sus cartas a los alcaldes son halagüeñas

recto, de buen trabajador y de hombre de espíritu público de que se habla en "Roberto Herrera Restrepo, 1818-1948", se confirma ampliamente en el archivo. Confío a todas las exportaciones siguen las desenfadadas extravagancias de los exportadores, vale la pena anotar que en este caso no hay evidencia de tal cosa. Roberto Herrera y su familia vivían y celebraban los "rites de passage" al nivel aceptado por la buena sociedad de los cosmopolitas años antes de 1914.

Para aquellos como él, el éxito o el fracaso del café no significaba nada menos que ser miembros de la civilización o ser excluidos de ella. Para utilizar una expresión muy usada en aquella época, esto era lo que impedía que Colombia se volviera un país de cafres. La reputación internacional de Colombia era verdaderamente aterradora: recuérdese el interior de la "República de Costaguana" en Nostramo de Joseph Conrad, el hombre Pedro en Victory del mismo autor. Recuérdese también que Bogotá era un sitio caro para llevar una vida civilizada y civilizadora: para los colombianos la primera era mucho más barata en el exterior.

¹³ Sobre la política del gobierno hacia el café en los años 1890 ver los discursos de Uribe Uribe Gravamen del café, op. cit., pp. 187-223. Varias de las observaciones de Uribe Uribe en éstos son apoyadas por el archivo de Herrera Restrepo. Al igual que su impuesto a las exportaciones de café, Uribe Uribe atacaba el hecho de que el gobierno empeorara la escasez de fuerzas de trabajo teniendo 8.000 hombres en armas. Las pérdidas en la guerra civil tuvieron también su efecto, que él no menciona. Las dificultades de los cultivadores de café con el gobierno después de la Guerra de los Mil Días pueden leerse en los números de la Revista Nacional de Agricultura.

y correctas, pero de las pocas que hay sé deduce que observaba la escena política local con incesante aprensión.

Esta aprensión estaba plenamente justificada en tiempo de la revolución. Con la proximidad de problemas Roberto Herrera convenía un simple código telegráfico para advertir a sus mayordomos que estuvieran preparados para evitar en lo posible el reclutamiento de hombres y bestias: "Venta bestias" o "Mande cacao". Se les decía que pagaran la exención militar para ellos y para el mayor número posible de hombres. La hacienda se convertía en sitio de refugio de liberales que no querían pelear.

Roberto Herrera y su agente, como la mayoría de los liberales de Bogotá, desaprobaban el ala belicosa del partido liberal mandada por el general Rafael Uribe Uribe. Herrera se hacía "denunciar" su ganado por un comerciante amistoso —en tiempo de guerra el sacrificio de ganado se convertía en monopolio del gobierno— y mandaba el mayor número posible de certificados de exención que pudiera encontrar en la capital, aunque muchas veces las autoridades conservadoras locales y los soldados en campaña las desatendían. Sabiendo que iba a tener dificultades para sacar su café, daba orden de reducir al mínimo los gastos y de trabajar lo menos posible. Se podía persuadir a los peones de trabajar por menos a cambio de la protección de la hacienda: "Teniendo sumo cuidado de evitar que me cojan los peones he podido continuar los trabajos casi como antes y bajando los jornales así: los peones que ganaban a 50 centavos los pago a 30, los de 45 a 25..." (Marzo 1, 1895). A cambio de la protección de la hacienda los peones esperaban que el trabajo continuara, pero las haciendas todavía competían por proteger. Se apilaba el café en todas las habitaciones disponibles de la hacienda, incluso en los cuartos de habitación de la casa principal, en espera de la paz.

El reclutamiento era severo y violento y las autoridades de Sasaima preferían lógicamente comenzar con las haciendas liberales: "Con los alcaldes que tenemos aquí no valen garantías ningunas ni salvoconductos". (Marzo 6, 1900). Las cosas se pusieron mucho peor durante los Mil Días, pero hasta en la relativa paz de 1898 hubo alarma: "Hoy me han dicho de acuerdo el señor alcalde de Sasaima y el coronel García... han resuelto no tomarse la molestia de salir o mandar sus comisiones a reclutar, sino que de mañana en adelante pasarían notas a los dueños o administradores de las haciendas para que de los trabajadores de cada una remitan no sé cuantos reclutas. Nada, absolutamente nada de extraño tendrá que lo hagan pero esa medida se ve claro que la toman como pretexto para poder sacar multas, porque ellos deben comprender muy bien que ninguno, salvo muy raras excepciones, les obedecía. Yo de mi parte, si me lo exigen prefiero mil veces que me lleven a Sasaima o que me saquen una multa antes de entregar a los peones que ven en el patrón su protector... si así sucediese le aviso a Ud. mi modo de pensar en el particular". (Marzo 16, 1898).

En marzo 22 de 1898 cien reclutas del distrito de Sasaima fueron enviados a Villeta por la carretera de Honda: "todos voluntarios, con su lazo al cuello". Durante las guerras el administrador escon-

día todas las muías y todos los caballos que podía y tenía espías apostados para advertir de la proximidad de las comisiones de reclutamiento: "Tengo espías por todas partes y los peones se esconden mientras pasan las comisiones". (Julio 29, 1901). Hacia lo que podía; mantenía a sus hombres lejos de los caminos y como mensajeros usaba solamente a mujeres, pero en pleno conflicto de los Mil Días los métodos del gobierno se volvían cada vez más drásticos. No valía reponer las portadas y las cadenas pues los soldados las rompían repetidamente:

"Aquí desde el jueves hemos estado en grandes apuros, pues vino un batallón de Bogotá y lo regaron por todas las haciendas a reclutar de una manera atroz. De aquí llevaron los siguientes... (la hacienda perdió por todo siete hombres). Esa gente vino inexorable; no respetaban edades, clase, exenciones ni nada... de las haciendas del lado de Namay se trajeron peones, administradores y cuanto encontraron". (Marzo 13, 1900). Este batallón tenía un objetivo de 400 hombres y decía que seguiría hasta alcanzarlo. Un peón de Santa Bárbara fue muerto al tratar de escapar. Poco después los antagonismos locales empeoraron la situación pues el reclutamiento cayó en las manos de un conservador de Sasaima, don Elíseo García:

"El atropellaba y reclutaba a todo el mundo, gozando en contribuir tan eficazmente a flagelar su mismo pueblo. Dizque ha dicho que su mayor satisfacción estará en hacer perder en este año las cosechas en las haciendas de los ricos. Se ha ganado últimamente el odio general, se pidió a Contreras el domingo pasado una comisión para ir a coger gente en La Vega (un municipio predominantemente liberal al suroeste de Sasaima), fue y encerró la plaza y como era día de mercado trajo 16 reclutas entre gente decente y peones".

Era muy difícil ocultar nada a don Eliseo, siendo éste un hombre de la localidad, un cazador que conocía el área íntimamente: "La guerra se presta muy bien para que la canalla haga su agosto, mucho más a la sombra de los magnates". —un tema constante en la política colombiana. El "agosto" incluía no solo la extorsión directa del reclutamiento y la requisición de animales" —ningún mulero quiere salir al camino porque pierde las muías, porque cuando no las quitaban las guerrillas las quitaba la gente del gobierno" —sino también el enganche de los descontentos, lo que los liberales pacíficos pagaban por no ir a la guerra, y varias parrandas locales. El mismo Eliseo García que quería arruinar las cosechas de los ricos se hizo a las muías y ofrecía llevar café a Honda a altos precios. Generales conservadores controlaban también todos los vapores del río Magdalena. A todos estos problemas se sumía el peligro de epidemia, pues las precauciones usuales de vacunación eran imposibles y tropas enfermas de otros climas acampaban en la hacienda.

Los rebeldes liberales presentaban un peligro diferente —el período de 1885 es de hegemonía conservadora, y 1885-1895, 1899-1903 (los Mil Días) son todos levantamientos liberales. Herrera Restrepo fue siempre un liberal fiel, siempre opuesto a la Regeneración conservadora, (hasta bautizó a una de sus muías "Regeneración"), pero

era completamente pacífico y en 1885 estableció claramente las reglas para el comportamiento de sus hombres. Los que se encontraban en la hacienda no debían comprometerse. A merodeadores liberales se les debía decir que la propiedad pertenecía a un liberal; a los conservadores se les debían dar las mayores muestras de buen comportamiento y debía decirseles que la propiedad pertenecía a un hermano del arzobispo, naturalmente conservador. Estas instrucciones se cumplían. En septiembre de 1900 tropas antioqueñas y caucanas visitaron la hacienda ganadera de El Peñón y preguntaron si el mayordomo y el dueño eran liberales.

"...Y como no se les podía negar", escribe el mayordomo, "les hablé con toda franqueza y les dije que era del señor arzobispo y de un hermano que era liberal". (Septiembre 22, 1900). En 1895 hubo guerrillas liberales en el área de Sasaima y durante los Mil Días el pueblo fue tomado por un corto tiempo por fuerzas liberales. No obstante los propósitos pacíficos de la gente de Herrera Restrepo al comienzo de la guerra, y ellos la consideraban ciertamente como una revolución temeraria, era muy difícil mantener la neutralidad frente a las provocaciones del gobierno. No sólo había las contribuciones —"lo que nos castigarían a los pacíficos sería la picardía de no haber tomado parte en la guerra"— sino también las noticias de lo que les estaba sucediendo a sus parientes en otras partes del país.

Cornelio Rubio tenía un tío y dos hermanos en armas en el Tolima y su familia allí era perseguida:

"Procedimientos de esta clase no hacen sino que corromperlo a uno en política: a uno que bien quisiera no meterse en ella jamás... Cómo puede ver uno con indeferencia cosas de esta naturaleza... Con la mayor sinceridad le dije a Ud. que por mi parte lamento no gozar de la necesaria libertad. Si las cosas tienen bien camino para meterme también, que hoy soy tan adicto a esta guerra como el que más lo sea, y que le tengo una fé grandísima... Si las cosas se presentan bien, le repito que a los míos no les quedará más camino que el de apoyarlos, pues han sido ultrajados sobremanera y los han arruinado sin miramiento alguno. Por supuesto no digo ésto por espíritu de venganza para con ciertas y determinadas personas, que bien lo merecieran, sino en general por prestarle algún servicio a nuestra causa". (Cartas de Cornelio Rubio, de 1900).

Rubio estaba ansioso porque la hacienda no se fuera a ver comprometida por ninguno de sus hombres que se fuera a las guerrillas liberales, particularmente porque algunos de los del distrito tenían mala reputación por sus "malos procedimientos". A pesar de todo algunos tomaron las armas. Hacia el final de la guerra Rubio estaba convencido de que los conservadores locales estaban determinados a librar al distrito de liberales de una vez por todas.

"Hay que esperar a ver si es que los señores sasaimeros me van a dejar volver a estar por allá", escribe desde un refugio temporal en Facatativá, "pues por conductos muy fidedignos sé que se proponen sacarnos a los liberales que vivimos allá, molestando cuanto pueden a fin de desesperarnos". (Octubre 16, 1901).

Las pasiones de los conservadores iban más allá de los intereses del café. El gobierno impuso un duro impuesto de emergencia a su exportación que fue debidamente anunciado en Sasaima:

"Vimos ya el decreto con que han resuelto favorecer la única industria que parecía darnos a todos alguna esperanza. Por aquí como Ud. lo supondría ha habido mucha gente que lo ha aprobado incondicionalmente, aun los mismos dueños del café. Solo tienen en cuenta de dónde sale el decreto y cualquiera que sea su contenido es bueno, justo y equitativo". (Mayo 7, 1900).

Este fervor sectario tenía tal vez una explicación adicional, y Rubio escribió de nuevo 15 días más tarde:

"Entre los que han dado tan buena acogida al decreto del gobierno sobre el café hay gentes que a uno le causa extrañeza que se dejen ofuscar así por la pasión política. Habrán tenido la (para ellos) grata esperanza de que ese abominable decreto sea aplicable solo a los enemigos del gobierno". (21 Mayo, 1900).

"Pues solo Dios sabe lo que hemos de ver..." (Junio 1, 1900).

Los efectos de la guerra en la producción son suficientemente obvios y a la guerra no siguió una paz definitiva. Hubo muchas otras alarmas antes de cerrarse la correspondencia y en todas ellas la hacienda teme por sus fuerzas de trabajo. Disturbios del orden público, cuadrillas de malhechores en las vías, impedían a los recorreadores ir para la cosecha. El reclutamiento podía volver a empezar. El dueño y el administrador rezaban porque hubiera paz, porque a los laboriosos se les permitiera trabajar, pero no podían tener muchas precauciones. En 1906 Roberto Herrera le mandó a Rubio un revólver con 12 cartuchos y en 1912 dos rifles Gras. Sus instrucciones sobre política nacional en tiempo de elecciones fueron claramente establecidas como sigue:

"Ud. averigüe y dé su voto por personas que reconocidamente sean de buen juicio, de buena posición y por consiguiente vengan al congreso a trabajar, no por tal o cual partido, sino por los intereses de la patria. Estas son las tendencias de todos los que ven la necesidad de que entremos en una buena vía para remediar los males que nos aquejan. Mi opinión es que Ud. debe dar su voto en la persona que a Ud. le parezca más respetable entre los candidatos que allá tengan y abstenerse para lo demás de tomar parte activa". (Al mayordomo de El Peñón, mayo 24, 1909).

Rubio tenía alguna influencia sobre los votos de los arrendatarios de Santa Bárbara, pero no la suficiente como para causar un impacto significativo en los resultados de las elecciones. Algunas cartas inquietantes sobre caminos y sobre la tasación de impuestos de la hacienda muestran de igual modo poca influencia sobre el gobierno local.

"Yo daría con mucho gusto hoy la hacienda por los \$ 20.000 pesos oro en que queda el avalúo... Estamos, pues, los propietarios de meros administradores del gobierno sin sueldo; ya no se resiste semejante recargo de contribuciones; especialmente tratándose del café que es una empresa arruinada. Lo peor es que es un mal sin remedio". (Noviembre 13, 1905). O como lo expresaba Rubio, "Uno

queda como arrendatario pagando un arriendo extraordinario". Así fue, porque Santa Bárbara no se recuperó después de la guerra.

LA DECADENCIA DE SANTA BARBARA

"Señor Alcalde Municipal de Sasaima:

Yo, Cornelio A. Rubio, mayor de edad, etc., etc. De T.Jd. atentamente, solicito: Que se sirva hacer comparecer en su despacho a los señores Francisco Zapata, Félix Basurto y Campo Elias Rubio también mayores, etc., para que bajo la gravedad del juramento y demás requisitos legales declarasen sobre los puntos siguientes:

1. Su edad, etc., etc.
2. Si conocen la hacienda denominada Santa Bárbara, situada en este municipio, propiedad de Don Roberto Herrera Restrepo.
3. Si saben y les consta que dicha hacienda no ha tenido ni tiene actualmente otra fuente de producción que el producido de sus plantíos de café.
4. Si saben y les consta que dicha hacienda se halla en lamentable estado de deterioro debido al absoluto y completo abandono en que permaneció durante los tres años de guerra pasada y después de ella por la falta de brazos.
5. Si saben que los cafetales de Santa Bárbara están hoy reducidos a menos de la tercera parte de lo que eran antes debido a las razones ya expuestas y al agotamiento de las tierras en que estaban plantadas y que en esa misma proporción de la tercera parte ha quedado la producción de dichos cafetales.
6. Que digan también si les consta que el precio del café actualmente está en completo desacuerdo con los gastos que demandan la producción y beneficio hasta ponerlo en estado de exportarlo o venderlo en el país, y
7. Que digan si en su leal saber y entender creen que el avalúo que acaba de dársele de \$ 25.000 pesos oro para la formación del nuevo catastro es equitativo o exagerado y si optan por lo último digan cuánto puede valer dicha hacienda... Sasaima, abril 3, 1909".

".. esas plantaciones son ya muy antiguas y por consiguiente tienen en su contra la edad y el cansancio de las tierras. Las plantas de Santa Bárbara representan apenas una tercera parte, más o menos de lo que en otro tiempo (sic)". (Abril 4, 1909). Escribiendo así a la junta de Catastro de Facatativá, Roberto Herrera consideraba inclusive \$ 20.000 pesos demasiado.

Estos documentos pidiendo una reducción en los impuestos presentan naturalmente un oscuro cuadro, pero hay muchas más evidencias que lo confirman. Primero, que todo está la disminución regular pero finalmente dramática de la "cantidad de café produci-

da por la hacienda¹⁴. A medida que la finca es menos productiva, el costo de la cosecha aumenta, y en la hacienda se recuerdan las buenas épocas en las cuales se podía recoger en dos días tanto como lo que se recoge ahora en una semana. La calidad del café también decae y la lista de adjetivos críticos de los agentes londinenses se alarga: pálido, gris, defectuoso, pequeño, duro, mediano, verdozo, deslucido, moteado, algo pequeño. .. Santa Bárbara era una plantación vieja, no se podía hacer demasiado al respecto, y los mediocres precios reinantes no eran muy alentadores. Herrera Restrepo experimentó con otros tipos de café, mandó a analizar a Alemania muestras de tierra y entre sus debilitados árboles sembró guisantes impregnados de "nitro-bacterina", un fertilizante patentado inglés. Nada de esto parece haber servido mucho.

"El cultivo del café puede sostenerse en las circunstancias actuales, pero crear un cafetal hoy sería un disparate". (Alberto Plot a Roberto Herrera de Girardot, noviembre 18, 1905).

Una finca así podría a lo más venderse al fiado. La perspectiva del café de Cundinamarca en la primera década de este siglo no era muy brillante. ¿Había buenas razones para pensar que el café iría a tener un recorrido diferente al del tabaco, el índigo y la quinina?

El cónsul americano en Bogotá en 1903 no opinaba así: "TJn estudio de las industrias en Colombia, del pasado y el presente, infunde la impresión de que todas sin excepción, han llegado a alturas en las que se espera mucho y que ya acercándose al cénit, por guerras, superproducción u otra causa han empezado a decaer"¹⁵.

Roberto Herrera se fue endeudando crecientemente con su agente de Londres —al final de 1907 debía £ 3.398-2-4d. En ese mismo año trató de vender su hacienda, pero su corresponsal declinó predeciblemente el ofrecimiento— "el negocio del café en mala situación". (Lorenzo Cuéllar a Roberto Herrera, de Buenos Aires, agosto 14, 1907). Los años finales del archivo muestran que la deuda de café fue pagada con letras compradas con el producto de sus otras empresas. Herrera Restrepo continuó comerciando con ganado y extendió sus operaciones ganaderas, pero también dio señales de querer retirarse del todo de la agricultura. Habría tal vez bien-

Exportaciones en sacos, 62 kilos:

| | |
|--------------|---------------------------------|
| 1886: 528. | 1898: 2.397. |
| 1887: 587. | 1899: 674. |
| 1888: 405. | 1900: |
| 1889: 450. | 1901: Escasas exportaciones de- |
| 1890: 366. | bido a la guerra civil. |
| 1891: 288. | 1902: |
| 1892: 500. | 1903: |
| 1893: 595. | 1904: 1.289. |
| 1894: 713. | 1905: 596. |
| 1895: 1.065. | 1906: 1.100. |
| 1896: 1.564. | 1907: 138. |
| 1897: 707. | |

¹⁵ Ver el útil comunicado de Mr. Snyder al Departamento de Estado Present State of the Colombian Trade, agosto 21, 1903. ü. S. National Archives, microfilm. Despatches from U. S. Consuls in Bogotá, Roll 3, N° 21-bis.

venido una reforma agraria, como tal vez lo hicieron en los años 30 y lo siguen haciendo desde entonces terratenientes en condiciones similares. Sus sucesores planearon finalmente vender la hacienda en lotes para fincas de recreo, y es bajo estos establecimientos poco agrícolas que hoy se puede vislumbrar el espectro de la antigua empresa. Los problemas sociales que el café llevó con el tiempo a algunas regiones de Cundinamarca y que desembocaron en conflictos relativamente espectaculares en los últimos años de los veinte y primeros de los treinta, han recibido alguna atención. Estas empresas que alguna vez fueron pioneras, arriesgadas y hasta patrióticas, llegaron por ese tiempo a verse codiciosas, oligarcas y opresivas. Conflictos similares a los que he descrito, en algunos casos famosos combinados con disputas por los títulos de la tierra, se intensificaron tanto con la depresión, que se necesitó la intervención del gobierno para resolverlos. Sasaima había cesado por ese entonces de ser un municipio productor de café de importancia sobresaliente, aunque todavía tenía casi dos millones de árboles alrededor de 1930, comparados con los cinco millones de Viotá, el municipio líder del departamento. Una de las principales partes de Cundinamarca en producir café, fue también una de las primeras en decaer, pues la subdivisión habla avanzado mucho más allí que en el resto del área. Se decía que los cinco millones de árboles de Viotá eran de 30 plantaciones; los dos millones de Sasaima de 1.000. Esta parcelación es probablemente un signo de marginalidad¹⁶.

Cuando el general Uribe Uribe previo el fin de la crisis y en 1908 levantó el grito de "¡Colombianos, a sembrar café!", la hacienda no estaba en condiciones de dar una respuesta entusiasta.

SANTA BARBARA 1870-1912

Roberto Herrera pone cada año en sus cuentas como valor capital de la hacienda el valor original más el costo de las mejoras físicas. Cálculos de ganancia hechos sobre esa base en las condiciones inflacionarias de Colombia no son muy realistas y también será necesario hacer alguna asignación para el eventual agotamiento de la hacienda¹⁷.

Hubo ciertamente ganancias substanciales, pero los esperados años buenos de la década de 1890 no fueron nada extraordinario. El producto de café de Santa Bárbara vendido en Londres fue de

¹⁶ Cifras de Monsalve, op. cit., pág. 426. Las mejores fuentes para los conflictos de los años 1920 y 1930 son aún el Boletín de la Oficina Nacional de Trabajo del Ministerio de Industrias y las varias "Memorias" del Departamento de Cundinamarca.

¹⁷ Cálculos sin descuentos de los libros de Roberto Herrera fueron hechos por Darío Bustamante Roldan en sus Efectos Económicos del papel moneda durante la Regeneración (Tesis inédita. Universidad de Los Andes, Bogotá, 1970). A mediados de los años 1889 andaban por 20%, subiendo a 66%, 72% y 65% en 1895, 1896 y 1897. Ver su "Cuadro III". Sus cálculos acaban en 1899.

£ 3.640 en promedio entre 1886 y 1899, deducidos los gastos de transporte marítimo desde Barranquilla, seguro y honorarios de la gente¹⁸.

En 1896 llegó al máximo con £ 7.976 y en 1891 fue solo de £ 1.576. Para dar una aproximación de la ganancia total se deben deducir los gastos de la hacienda, los sueldos, los altos gastos de transporte local hasta el Magdalena y hasta Barranquilla. Esto debía hacerse idealmente sobre la base de la cosecha y a causa del tiempo entre la salida del café de la hacienda y su venta en Londres, sus cuentas calculaban ganancias basándose en ventas futuras que no siempre se llevaban a cabo. En 1896 el producto del café vendido en Londres fue de £ 1.240 y Herrera Restrepo calculó su ganancia en la hacienda en \$ 7.914 pesos colombianos que convertidos en libras esterlinas al cambio de ese año daban alrededor de £ 1.600. Esta proporción tal vez no se mantuvo en la competencia de los últimos años del siglo, que trajo salarios y costos de transporte más altos. La guerra hizo todo cálculo imposible y por algún tiempo después de ésta los costos locales permanecieron excepcionalmente altos. Su subida fue considerada por el cónsul americano como una amenaza mayor a la industria en Colombia que el precio mundial, todavía deprimido. "Yo sé que los dueños de las plantaciones, concluyó, están extremadamente ansiosos por deshacerse de sus propiedades o darlas en arriendo por largos períodos en términos muy liberales y en algunos casos sin pedir arriendo sino arrendándolas con la sola condición de que sean devueltas al terminar el contrato en las mismas condiciones en que fueron dadas"¹⁹.

El café ha tenido sus vicisitudes en Colombia y las ha sobrevivido. Pero no todos los distritos, no todos los cafetales, ni todos los cafeteros han podido. Como observa lord Salisbury sobre un comunicado de Colombia, el capital de riesgo implica un elemento de riesgo, y este existía tanto para los nativos como para aquellos expatriados a quienes lord Salisbury no estaba muy ansioso de proteger. Había los riesgos del mercado, del trabajo, de las estaciones y de la tierra, a los cuales no escapa ninguna agricultura. Había los riesgos adicionales de la experimentación cuando el empresario tenía pocos precedentes y aún menos recursos científicos a su disposición. Y ninguna empresa agrícola existe en un vacío económico: aquí estaban presentes otros riesgos y dificultades que deben tener su lugar en la historia agraria de la América Latina del siglo XIX.

¹⁸ He calculado las cifras siguientes del legajo Cuentas de ventas de café. En £ :

| | |
|--------------|--------------|
| 1886: 2.240. | 1893: 3.266. |
| 1887: 3.460. | 1894: 3.192. |
| 1888: 2.337. | 1895: 5.728. |
| 1889: 2.738. | 1896: 7.976. |
| 1890: 2.049. | 1897: 3.247. |
| 1891: 1.576. | 1898: 7.369. |
| 1892: 2.829. | 1899: 2.128. |

Las cifras para 1886 han sido calculadas del libro de cuentas Santa Bárbara.

¹⁹ Mr. Snyder al Departamento de Estado, agosto 22, 1905. U. S. National Archive, microfilm. Despatches from U. S. Consuls in Bogotá, Roll 4.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Las partes más interesantes de este ensayo son tomadas del archivo de Roberto Herrera Restrepo y estoy profundamente agradecido con el difunto doctor José Umaña y con la señora María Carrizosa de Umaña por su generosidad al permitirme usar el archivo, por sus muchas otras gentilezas y por su ayuda en muchos puntos difíciles.

También debo particularmente al artículo de Miguel Urrutia El sector externo y la distribución *de* ingresos en Colombia en el siglo XIX, Revista del Banco de la República, noviembre 1972.

Para el más amplio contexto del café de Cundinamarca el mejor trabajo sigue siendo 3a tesis Ph. D. inédita de Robert Carlyle Eeyer The colombian coffee industry: Origin and major trends, 1740-1840, Minnesota, 1947. Contiene una excelente bibliografía.

Otro libro indispensable es la magnífica Colombia Cafetera de Diego Monsalve, Barcelona, 1927. Un bosquejo acertado de la industria a la vuelta del siglo es el Report on the Present State of the coffee trade in Colombia, Parliamentary Papers, 1904, del vicecónsul Spencer S. Dictson. Accounts and Papers Vol. XCVI Col. 1.767-2.

Diplomatic and Consular Miscellaneous, series N° 598. También: Phanor J. Eder, Colombia, Londres, 1913, Capítulo X.

Augusto Ramos, O café no Brasil e no estrangeiro, Bío de Janeiro 1923, pp. para apreciaciones contemporáneas sobre la situación de la producción colombiana.

General Rafael Uribe Uribe, Estudios sobre café, (Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, N° 6). Bogotá 1952, es una colección valiosa de sus últimos artículos.

Sobre Sasaíma en particular ver Medardo Rivas Los trabajadores de tierra caliente, segunda edición, Bogotá, 1946, capítulo XV, "El café", páginas 310-11; del mismo autor Viajes por Colombia, Francia, Inglaterra. (Segundo volumen de sus Obras completas, dos volúmenes, Bogotá, 1885) pp. 10 i et seq. Aquí elogia específicamente el café como mejor que el azúcar o el ganado.

Ver también Salvador Camacho Roldan Notas de Viaje (Colombia y Estados Unidos de América), cuarta edición, París/Bogotá 1905, pp. 29-30-

Hay una descripción de las instalaciones cafeteras en Viotá, similares a las de Sasaíma aunque en algo mayor escala, en Voyage de exploración científica en Colombia, de los doctores O. Führmann y Eugéne Mayor (Tomo V de Memoires de la Société des Sciences Naturelles de Neuchatel Neuchatel 1911, 2 volúmenes), Vol. I, pp. 101-110. Los primeros manuales de cultivo de café usados en Colombia están convenientemente coleccionados en la obra de José Manuel Restrepo et al., Memorias sobre el cultivo del café (Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, N° 5), Bogotá, 1952.

Debo agradecer a varias personas por sus comentarios a este corto ensayo: J. León Helguera, Pierre Gilhodes, Roger Brew, Charles Berquist, Marco Palacios y Donald Winters.